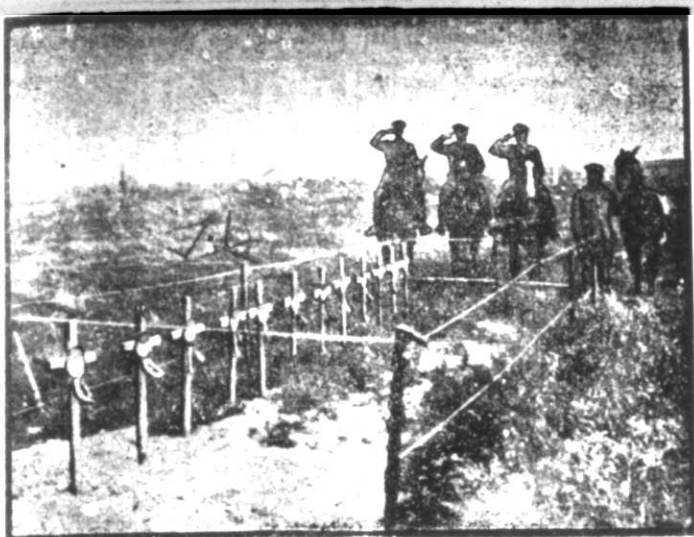




En el Somme soldados ingleses saludan las tumbas de los héroes víctimas del espionaje alemán.

ehos retratos, por cierto algunos de personajes españoles, que fueron hace treinta años amigos, admiradores y adoradores de la artista, un sobre que contenía pliegos en blanco. Sólo por esta circunstancia eran sospechosos, y el oficial británico, luego de incautarse del paquete, se retiró de a bordo, permitiendo que el vapor hiciera la travesía en su última escala. Funcionó de nuevo la radiotelegrafía; esta vez desde el mencionado crucero a otro más próximo a la costa española. Era preciso un nuevo registro más personal, más íntimo. Los misteriosos pliegos en blanco habían sido sometidos a una reacción química y habían aparecido en su nitida superficie los trazos de una escritura enigmática. ¡Pero faltaba la clave!

Un masaje oportuno

Nueva detención del trasatlántico por el navío de guerra y nueva visita de un oficial, ahora acompañado de dos excelentes matronas, masajistas, también de profesión. La dama fue registrada, y ya desesperaban de salir con feliz

echa a perder en ese oficio. El jinete, no teniendo que recorrer de una vez sino una distancia muy corta y no pudiendo tener gusto en cabalgar para ir desmontándose cada rato, por buen jinete que sea, se aburre de manejar bien el caballo; no lo levanta, y lo deja andar de cualquier modo; y, como las calles de la ciudad no ofrecen piso cómodo y como en ellas se presentan a menudo diversos obstáculos para que el caballo camine con desembarazo, éste viene a perder el brío y el garbo y a habituarse a andar como desmazelado y adormecido.

—¿Y a Vd. le ha sucedido eso?

No callaré que, al hacer esta pregunta, bulló allá, allá en lo más recóndito de mi ser, algo como un asomo de envidiosa complacencia: yo esperaba que mi amigo respondiera que sí adolecía de algún defecto. El recuerdo del mío, clavado

éxito de su empresa las dos mujeres, cuando un hábil y oportuno masaje en la nacarina espalda de la artista hizo aparecer una maravilla de tatuaje. Era la clave de la escritura estampada con caracteres invisibles en los famosos pliegos. La dama no insistió en sus negativas, y sin resistencia, se entregó al oficial inglés, de cuyo brazo salió del vapor detenido, para trasbordar en calidad de prisionera.

Así de sutil es la práctica del espionaje teutón.

Otra novela

Otro caso folletinesco es el de Florentina Nayer, una holandesa, mejor dicho criolla nacida en Curazao, bellísima y desdichada criatura que marchitó su juventud y su hermosura en mortales orgías de amor y de champagne.

De París iba con frecuencia a Marsella, coincidiendo sus visitas a la ciudad mediterránea con el arribo de transportes de tropas coloniales inglesas y francesas. Fácil al amor Florentina, y más

como una espina agudísima en mi pecho, levantaba en él un sentimiento que ni quería yo confesarme a mí mismo.

—Yo, contestó Gulliver, cuando estoy por algunos meses dedicado a la medicina, empiezo a volverme apático y tomo un trochadito que se parece al trote como un huevo se parece a otro. Lo peor es que doy en caminar con la cabeza caída, el pescuezo estirado y las orejas desparramadas. Pero apenas vuelvo acá, me monta mi amo y en un periquete recupero mi brío y vuelvo a ser todo lo que he sido.

Infauta noticia

Llevando cierto día a mi amo por el camino público, se encontró él con unos conocidos suyos, los cuales le dieron la infauta nueva de que había estallado en no sé qué partes de la República una revolución, y la de que ya se estaban los partidos aperebiendo para la guerra. Esta no-

fácil al soborno germano, pernoctaba en "cabarets" con alegre gente militar, a quienes sonsacaba noticias sobre los transportes que quedaban en Adem y en Suez.

En un paquete de cigarrillos y entre los dedos... del pie

Su última hazaña terminó en Dijon. De Marsella subió a Pontarlier con propósito de pasar a Suiza para conferenciar con el correspondiente agente alemán. Pero la frontera estaba cerrada. Se hizo sospechosa en Pontarlier al arrebatarse nerviosamente de mano de uno de sus domésticos amantes un paquete de cigarrillos egipcios. En efecto, uno de éstos no contenía tabaco de ninguna clase; contenía, arrollado, un finísimo papel con signos cabalísticos. Y en otro papel de seda muy pequeño, muy doblado y preso entre dos dedos de uno, de los diminutos y pulguerrimos pies de la criolla, estaba la clave para descifrar la escritura, en la que constaban los barcos con tropas que, procedentes del Canal de Suez, debían de llegar a Marsella en un término de quince días.

La justicia no ha tenido que habérselas con esta desgraciada, que pudo con sus informes ocasionar el entorpecimiento de algunos barcos y la muerte de miles de soldados. La tuberculosis que destruyó sus pulmones se ha anticipado con un terrible e inapalable fallo. Si no, Florentina Nayer habría sido fusilada.

Odiosa es la pena de muerte; pero así como el gran sociólogo decía: "Bien está la supresión de esta pena; que empiecen los asesinos", debería decirse a los espías que no busquen a mansalva la muerte de soldados, si no quieren dar con la suya.

No olvidó al escribir estas líneas que lo hago para un país donde recientemente se ha echado en cara a Francia, por diversos escritores, el fusilamiento de Mata Hari, la también espía holandesa, que tan ingratamente correspondía a la hospitalidad de esta tierra, siempre generosa con los extranjeros. Y al ponderar con tonos de plañidera el sacrificio de esta infeliz sentenciada se evocó el recuerdo de miss Cavel, la institutriz inglesa, fusilada por los alemanes en Bruselas, pretendiendo poner en relieve de contradicción lo escrito por los

ticia no me hizo menos horrenda impresión que las que, algún tiempo antes, había recibido sobre el Puerto Garmendia. Mi horror a éste no era muy superior al que la guerra me infundía. Días después, vimos Gulliver y yo que por el camino pasaba tropa conduciendo a muchos hombres que según supimos, iban destinados a ingresar en el ejército. Más tarde vimos unos hombres de a caballo que, armados de lanzas, vinieron a la hacienda y por orden ó con consentimiento del amo, se llevaron dos caballos de poco valor y una silla que solía servir para los vaqueríos. A medida que iba pasando el tiempo, se multiplicaban y se hacían más claros los indicios de que la guerra estaba ya encendida.

Día llegó en que vimos que un mediano escuadrón de campesinos, medio disfrazados de militares, recogió y se llevó varios bueyes gordos y varios caballos del llano que por el río estaba dividido de nuestro potrero.

Continuará